

reseña

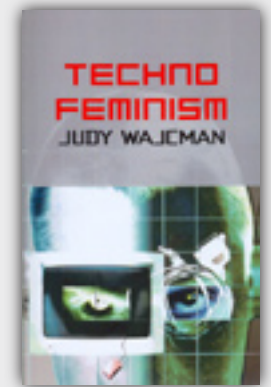
Technofeminism

de Judy Wajcman

Por Eva Patricia Gil

WAJCMAN, Judy (2004). *Technofeminism*. Cambridge: Polity Press.
ISBN: 9780745630434

Fecha de presentación: febrero de 2007
Fecha de aceptación: febrero de 2007
Fecha de publicación: octubre de 2007



Resumen:

Esta obra toma como punto de partida la siguiente premisa: pensar la tecnología con una perspectiva de género implica que los propios artefactos tecnológicos (desde las microondas hasta los procesadores de texto, desde nuestras propias casas hasta el diseño de nuestras ciudades) están conformados por las relaciones de género, por sus significados y por sus prácticas asociadas.

Partiendo de dicha premisa, Judy Wajcman efectúa un recorrido por las diferentes reflexiones efectuadas desde el feminismo respecto a la tecnociencia, desde principios de la era postindustrial hasta la actualidad, dentro del ámbito de los estudios sociales de ciencia y tecnología.

Palabras clave:

tecnofeminismo, tecnología, género, feminismo, tecnociencia, cyborg

Abstract:

This work takes the following premise as its starting point: designing technology with a gender perspective means that the technological artefacts (from microwaves to word processors, from our own houses to the design of our cities) are formed by gender relationships, by their meanings and by their associated practices.

Starting from this premise, Judy Wajcman takes a look at the different reflections made from feminism regarding technoscience, from the start of the post-industrial era to the present day, within the field of social science studies and technology.

Keywords:

technofeminism, technology, gender, feminism, techno-science, cyborg

Tecnofeminismo

Si la relación entre tecnociencia y sociedad está siendo ampliamente revisada y cuestionada en el momento actual, es justamente por el hecho de encontrarnos en una sociedad fuertemente marcada por el cambio tecnológico. Si bien el desarrollo en ciencia y tecnología es utilizado como índice de progreso de una sociedad, dicho desarrollo también se encuentra en relación con los principales problemas globales de la actualidad, como por ejemplo el deterioro medioambiental.

Esta dualidad se reproduce en el ámbito del feminismo, de forma que los discursos sobre tecnología se polarizan en visiones utópicas sobre el futuro de nuestra sociedad –según las cuales la tecnología ayuda a diluir las diferencias asociadas al género–,

así como distópicas –según las cuales la tecnología no haría otra cosa que reforzar dichas diferencias.

Si bien el ciberespacio ha sido conceptualizado por las pensadoras postmodernas como un espacio privilegiado para la disolución de las diferencias de género y la implosión de la multiplicidad de identidades, la realidad es que los varones siguen dominando de forma más que abrumadora las instituciones científicas y las redes sociotécnicas. Y no sólo nos estamos refiriendo a ámbitos como el de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación: en los discursos sobre las tecnologías biomédicas también se reproducen estas tensiones. La metáfora del cyborg proporcionada por Donna Haraway fue tomada como icono de las promesas de libertad que vinculan feminismo y tecnociencia. Pero, al mismo tiempo, la ingeniería genética se encuentra

fuertemente asociada al proyecto masculino de control y dominación de la naturaleza: tal y como mostró la misma Haraway con el ejemplo de las patentes, ciencia, naturaleza y economía se entrelazan en el orden actual, mercantilizando la propia vida humana, animal y vegetal.

Por otra parte, la influencia de la tecnología en el ámbito laboral también reproduce esta dualidad: por un lado sabemos que, con el auge del sector servicios, el perfil del trabajo requiere de habilidades sociales y comunicativas tradicionalmente asociadas a las mujeres. Además, la tecnología permite, al romper con las barreras de tiempo y espacio, dotar de una mayor flexibilidad a las dedicaciones laborales. Sin embargo, también sabemos que el teletrabajo puede colaborar a perpetuar la relación de las mujeres con el ámbito doméstico, reproduciendo desigualdades estructurales. Este planteamiento propuesto por la autora, apoyado también con otros ejemplos, como el de la deslocalización de la mano de obra por parte de las empresas, muestra cómo la sociedad de la información puede contribuir a reproducir, e incluso intensificar, viejos modelos de explotación en el mundo laboral.

¿Puede el feminismo, entonces, abrir un camino entre la tecnofilia y la tecnofobia? Ésta es la pregunta que anima el contenido de esta obra, en la que el tecnofeminismo se ofrece como vía para la disolución de este dualismo. El feminismo de la segunda ola ya identificó durante el comienzo de la era postindustrial que la ausencia de las mujeres en ámbitos de influencia era un elemento clave a la hora de analizar las relaciones de poder y género. La teoría social de entonces y ahora ignora este eje de desigualdad, obviando de pasada una de las dinámicas fundamentales del desarrollo tecnológico. Sin embargo, las preguntas cruciales que marcan los debates de entonces, y que encontraremos todavía en muchos foros tecnofeministas, son las siguientes: ¿el problema es este monopolio de los hombres sobre la tecnología, o acaso la tecnología tiene un carácter eminentemente patriarcal?

Aunque estos primeros análisis feministas sobre la tecnología eran fatalistas y suscribían un fuerte determinismo tecnológico, sirvieron a su vez para recuperar biografías fundamentales de mujeres cuyo trabajo había contribuido notablemente al desarrollo del pensamiento científico y al avance tecnológico, como las de Rosalind Franklin y Barbara McClintock; por otra parte, también mostraron cómo socialmente las instituciones transmiten valores que asocian la tecnología a la masculinidad.

Durante los años setenta y ochenta, comienza a pensarse que la solución pasa por el acceso de las mujeres a los ámbitos científico y tecnológico. No se cuestiona la tecnociencia, sino que se supone que ésta es intrínsecamente abierta, al ser considerada como una empresa de producción de conocimiento objetivo y sin sesgos. Se sitúa así el problema en las propias mujeres (en su socialización, sus aspiraciones y sus valores), y se obvia la cuestión sobre las formas en las que podrían redefinirse la ciencia y la tecnología para dar cabida a éstas. Por ejemplo, la

carrera científica exige largos periodos de encierro y dedicación que difícilmente pueden ser compatibles con el cuidado de una familia; esto obliga a las mujeres a asumir un modelo masculino tradicional (el cual no asume tareas de cuidado) para poder seguir unas aspiraciones diferentes a las establecidas socialmente. Por ello, la estrategia de promoción de igualdad de oportunidades tiene grandes limitaciones, al no cuestionar la tradicional división sexual del trabajo.

Sin embargo, el concepto de tecnología ha estado históricamente ligado a las mujeres, cuyo papel principal como cosechadoras y responsables de la economía doméstica las sitúa como primeras tecnólogas (construyendo herramientas como el machete, la azada, el hatillo o la hoz de siega). La ocultación de este hecho no es más que una de las estrategias culturales que asocian fuertemente tecnología a masculinidad. Las «máquinas masculinas» reemplazan a los «ingenios femeninos» como señas modernas de la tecnología a partir de la consagración de la ingeniería como profesión masculina.

Durante los años setenta, tanto el incipiente movimiento feminista sobre salud como el ecofeminismo consideraron la ciencia y la tecnología como empresas opuestas a los intereses de las mujeres. En los ochenta, Sandra Harding pasó de plantear «la cuestión femenina en la ciencia» a plantear «la cuestión de la ciencia en el feminismo», denunciando que la ciencia está implicada en proyectos que no sólo no son neutros y objetivos, sino que están fuertemente ligados a intereses masculinos. En aquel tiempo, los análisis feministas habían avanzado en el estudio de los procesos de desarrollo y uso de la tecnología, así como los procesos de constitución del género, explorando por ende el carácter genérico de la propia tecnología. Podremos encontrar orientaciones diferentes de este planteamiento en el feminismo socialista y en el feminismo radical.

Desde el feminismo radical, fuertemente identificado con el feminismo de la diferencia, se le supone a la tecnología un carácter intrínsecamente patriarcal. Desde el feminismo radical, el feminismo cultural y el ecofeminismo se destacan los estudios sobre las biotecnologías como herramientas opresoras del cuerpo de las mujeres. Si bien sus análisis han sido claves en los debates acerca del género y la tecnociencia, subrayando las características políticas de la propia tecnología, no debemos obviar el hecho de que el feminismo radical adolece de un fuerte esencialismo a la hora de entender las identidades de género.

Por otra parte, durante la década de los setenta surge el feminismo socialista como respuesta a lo que se concebía como «ceguera de género del marxismo», denunciando la jerarquía sexual de los empleos remunerados. Desde esta orientación se entiende que la tecnología industrial refleja el poder masculino y la dominación capitalista; así, se denunciaron paradojas como la de la mecanización del trabajo doméstico, la cual no había comportado una disminución del tiempo necesario para la dedicación a estas tareas. Dicha conexión entre masculinidad y

tecnología, reflejada en la infrarrepresentación de las mujeres en las empresas científicas, sigue siendo enorme en nuestra era de cambio tecnológico.

Sin embargo, el determinismo tecnológico subyacente a estos planteamientos se empezó a cuestionar en los setenta, en los estudios sociales de ciencia y tecnología. Según sus planteamientos, los artefactos tecnológicos están conformados socialmente en su uso, diseño y contenido técnico. Además, no son sino una serie de factores sociales los que determinan que una determinada innovación tecnológica llegue a tener éxito, más allá de las bondades de la innovación tecnológica en sí. El ejemplo del microondas, ingenio técnico pensado para recalentar comida preparada y concebido en un primer momento para varones que vivieran solos, y que tuvo que ser rediseñado y adaptado a las demandas de las mujeres (las usuarias que finalmente lo acabaron adoptando), muestra cómo los artefactos tecnológicos están sometidos a una flexibilidad interpretativa. Así, tecnología y sociedad son entendidas desde estos planteamientos como mutuamente constitutivas, conformando ambas una red sin costuras. Además, la noción de actante no humano propuesta por Bruno Latour ha servido para corregir rigideces de la estructura social en dichos planteamientos, poniendo de manifiesto (sin caer sin embargo en un determinismo tecnológico) cómo en la teoría social se han pasado por alto cuestiones relevantes con relación a la tecnología y a la materialidad.

Llegados a este punto, la autora pone de manifiesto una crítica de consecuencias nada desdeñables para los estudios sociales de ciencia y tecnología: «¿cómo tenemos en cuenta a aquellos actores que reiteradamente quedan marginados o excluidos de una red?». ¡Incluso dicha exclusión puede ser entendida como condición para la existencia de la misma red! Por ello, la autora critica la teoría del actor-red, al no tener en cuenta que las redes no sólo generan miembros del grupo, sino también miembros que se niegan a pertenecer a él; y para describir adecuadamente los procesos de construcción de las redes es imprescindible tener en cuenta dichas exclusiones constituyentes.

A continuación la autora critica la concepción de «género virtual» de Sadie Plant, principal exponente del ciberfeminismo, quien considera el ciberespacio como lugar intrínsecamente femenino, al tiempo que privilegiado para la libertad de definición identitaria. Sin embargo, Judy Wajcman señala que existen límites a la hora de crear nuevas identidades sostenibles en el ciberespacio, ya que la construcción de la propia identidad es algo que va más allá de las señas corporales; la autora señala cómo el hecho de elegir palabras para una construcción identitaria diferente resulta muy problemático y poco sostenible en el tiempo, de forma que es muy difícil aprehender una nueva identidad sin haber sido socializado o socializada en ese nuevo rol. Además, existe en los planteamientos de Plant una tensión entre su visión esencialmente femenina del ciberespacio y su definición de éste

como espacio privilegiado para la multiplicidad identitaria. Dadas dichas contradicciones, Wajcman pasa en este punto a abordar la «solución cyborg» de Donna Haraway.

Aunque deudora de la tradición feminista de crítica a las tecnologías reproductivas y a la ingeniería genética, Donna Haraway subraya el potencial positivo de la ciencia y la tecnología para crear nuevos significados y construir nuevos mundos. En 1985, con su *Manifiesto para cyborgs*, Haraway pone de relieve cómo a pesar de ser la ciencia un producto del capitalismo, el colonialismo y la producción masculina, la cibertecnología puede ser una baza potencial para la emancipación, siempre y cuando reconozcamos el carácter semiótico-material de la empresa tecnocientífica. En su obra *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra®_Conoce_Oncorotón®. Feminismo y tecnociencia*, Haraway pone de manifiesto el carácter eminentemente masculino de la producción de conocimiento. Utilizando el ejemplo del experimento sobre la bomba de vacío de Boyle, muestra las tecnologías literarias que van asociadas a la tecnología experimental, las cuales requieren de hombres que funcionen como únicos testigos adecuados para validar las evidencias científicas. Además, dichos varones son también testigos modestos en cuanto a su posterior desaparición de la escena, la cual permite que los productos científicos aparezcan como libres de cualquier tipo de sesgo o influencia social. Asimismo, en esta misma obra también se plantea cómo el oncorotón, ratón de laboratorio manipulado genéticamente para desarrollar cáncer de mama, es un organismo cyborg que se ha convertido en uno de los mártires actuales de la tecnociencia, la cual no es ajena tampoco a cuestiones de género, raza y clase. Según Haraway, dicha enfermedad aumentó en un 21% entre las mujeres afroamericanas de EE.UU. en la década de los ochenta, al tiempo que se mantenía estable entre las mujeres blancas.

Sin embargo, las imágenes del cyborg pueden volver a inscribirse fácilmente en los dualismos tradicionales, puesto que la euforia derivada de la hibridación y de la derrota del esencialismo también puede asociarse fácilmente a una elite global y privilegiada. De cualquier forma, sus planteamientos permiten entender la ciencia como conjunto de prácticas semiótico-materiales, lo que ayuda a visibilizar los procesos de construcción del actual conocimiento científico, ayudando a democratizarlo y a utilizarlo en pro de una sociedad más justa e igualitaria.

La autora acaba definiendo el tecnofeminismo como movimiento que entiende la política como característica inherente de la red, e insiste en la importancia de la perspectiva de género a la hora de analizarla. Para ello, y así finaliza la obra, destaca la doble promesa tecnofeminista, según la cual podemos comprender de modos diferentes la naturaleza del cambio en nuestro mundo postindustrial, así como entender los medios a través de los cuales ejercer políticas comprometidas con dichos cambios.

Cita recomendada

GIL, Eva Patricia (2007). *Technofeminism* de Judy Wajcman [reseña en línea]. *UOC Papers*. N.º 5. [Fecha de consulta: dd/mm/aa]. <<http://www.uoc.edu/uocpapers/5/dt/esp/gil.pdf>>
ISSN 1885-1541



Esta obra está bajo la licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 de Creative Commons. Puede copiarla, distribuirla y comunicarla públicamente siempre que especifique su autor y UOC Papers; no la utilice para fines comerciales; y no haga con ella obra derivada. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/deed.es>.

Autora de la reseña



Eva Patricia Gil
Investigadora del Grupo de investigación
en Tecnología y Acción Social (ATIC)
de la UOC
egilrod@uoc.edu

Investigadora del grupo de investigación de Tecnología y Acción Social (ATIC) de la UOC, profesora colaboradora de Psicología Social de los Estudios de Psicología y Ciencias de la Educación de la UOC y profesora asociada del Departamento de Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona. Su principal línea de investigación es la interacción entre las personas y las nuevas tecnologías, principalmente con relación a colectivos y grupos sociales en riesgo de exclusión digital; en este sentido, está especialmente interesada en las aportaciones de la perspectiva de género dentro de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología.

Autora del libro



Judy Wajcman
Profesora de Sociología de la
Universidad Nacional de Australia
Judy.Wajcman@anu.edu.au

Profesora de Sociología del programa de Demografía y Sociología de la Universidad Nacional de Australia. Fue profesora centenaria (*Centennial Professor*) en el Instituto de Género y Sociología en la London School of Economics y es profesora asociada (*Associate Fellow*) de la Unidad de Investigación de Relaciones Industriales, en la Escuela de Negocios de la Universidad de Warwick. Anteriormente ha desempeñado cargos en Cambridge, Edimburgo, Manchester, Sydney, Viena, Warwick y Zúrich. Actualmente es investigadora asociada en el Oxford Internet Institute.

Página web de la autora en la Universidad Nacional de Australia:
<<http://demography.anu.edu.au/People/staff/judy.php?p=1>>.